

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

FILOSOFIA

Y

LETRAS

*REVISTA DE LA FACULTAD
DE FILOSOFIA Y LETRAS*

34

ABRIL-JUNIO

1949

IMPRESA UNIVERSITARIA

UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA DE MEXICO

Rector:

LIC. LUIS GARRIDO

Secretario General:

LIC. JUAN JOSÉ GONZÁLEZ BUSTAMANTE

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS

Director:

DR. SAMUEL RAMOS

FILOSOFIA Y LETRAS

REVISTA DE LA FACULTAD DE
FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA
UNIVERSIDAD N. DE MÉXICO

PUBLICACION TRIMESTRAL

DIRECTOR-FUNDADOR:

Eduardo García Máynez

SECRETARIO:

Juan Hernández Luna

Correspondencia y canje a Ribera de San Cosme 71
México, D. F.

Subscripción:

Anual (4 números)

En el país.....	\$7.00
Exterior	dis. 2.00
Número suelto	\$2.00
Número atrasado	\$3.00

S u m a r i o

ARTICULOS

	<u>Págs.</u>
José M ^a Gallegos Rocafull	<i>La crisis de Occidente</i> 179
Edmundo O'Gorman	<i>Justo Sierra y los orígenes de la Universidad Nacional de México 1910 (Concluye)</i> 221
Joaquín Macgrégor	<i>Las emociones según J. P. Sartre</i> 251
Bernabé Navarro	<i>Pedagogía de las lenguas clásicas</i> 267
Francisco Monterde	<i>Don Benito Pérez Galdós y el teatro de su época</i> 287

RESEÑAS BIBLIOGRAFICAS

Juan Hernández Luna	<i>Introducción de la filosofía moderna en México. (Bernabé Navarro.)</i> 301
Augusto Salazar Bondy	<i>¿Qué es el hombre? (Martín Buber.)</i> 312

	Págs.
Juan Manuel Terán	<i>Lo mexicano.</i> (José Moreno Villa.) 317
Elena Orozco	<i>Eurípides y su época.</i> (Gilbert Murray.) 321
Félix Gil Mariscal	<i>El Bubo.</i> (Alfonso Sierra Ma- drigal.) 325
Noticias de la Facultad de Filosofía y Letras	<i>J. H. Luna</i> 329
Publicaciones recibidas	337
Registro de revistas	338

PEDAGOGIA DE LAS LENGUAS CLASICAS

REFLEXIONES PARA UNA NUEVA ORIENTACION

I. PREAMBULO

En toda la historia de la cultura de Occidente, después de Grecia y de Roma, ha aparecido como un hecho extraordinario el estudio dedicado, persistente y profundo de las lenguas y literaturas griega y latina. Con unos fines o con otros, por unos o por otros motivos, encontramos siempre estos estudios como piedras casi angulares de la cultura occidental. Cambian las doctrinas filosóficas, se suceden las diferentes orientaciones científicas, nacen nuevos sistemas pedagógicos descartando a los antiguos, mas las lenguas denominadas clásicas permanecen siempre intactas, en su función científica, cultural y educativa.

Al presente, puede decirse sin temor a equivocación que en todo el mundo civilizado se estudian estas lenguas, desde los focos irradiantes de luz como serían las universidades de Inglaterra, de Alemania, de Francia, de Italia y de España, etc., hasta las más remotas y humildes moradas de la cultura en el Asia, en Africa y Oceanía. En las grandes, y en las pequeñas Universidades europeas, los estudios e investigaciones clásicos —es cosa bien conocida— ocupan un lugar de privilegio, al par de la ciencia y de la filosofía. Prueba de ello son las múltiples obras de texto, traducciones, estudios especiales, etc., que salen de sus prensas cada año.

Parece que en América en estos días nuestros se va realizando un renacimiento vigoroso de los estudios humanísticos, sobre todo en los Estados Unidos, en Argentina, en Colombia, en Ecuador, en México, etc. Aquí un signo claro de ello y bien relevante es la creación de la "Bibliotheca

Scriptorum Graecorum et Romanorum Mexicana” en la Universidad Nacional Autónoma, y los Seminarios de Traductores Griegos y Latinos en la Facultad de Filosofía y Letras, etc.

Sin embargo, siguiendo la impresión de muchos estudiosos del presente y del pasado, puede decirse que en los medios de nuestra educación preparatoria, y aun en Facultades, los estudios de las lenguas clásicas se hallan frecuentemente en considerable atraso e inutilidad. Existen maestros, por ejemplo, que piensan que basta el conocimiento directo y puro de la gramática, que no tienen presentes los diferentes fines y las orientaciones modernas, que no tienen inquietudes culturales ni interés en ulteriores fines, ni tampoco preocupaciones pedagógicas o didácticas. Los estudiantes, en gran número, darían prueba de ello, tanto los poco o nada interesados como los que verdaderamente lo están: todos sienten y manifiestan el descontento por tales maneras de enseñar, con las que se insiste casi exclusivamente en el aprendizaje teórico, árido y molesto, de declinaciones, conjugaciones y múltiples y complicadas reglas morfológicas o sintácticas. Y todos, en consecuencia, sienten y manifiestan ese fastidio, esa repugnancia y casi odio por el latín y por el griego, que es casi proverbial entre los estudiantes mexicanos. Hay honrosísimas excepciones, tanto en el medio de los profesores como en el de los alumnos. Mas estos últimos, muchas veces, para satisfacer sus anhelos clásicos, tienen que estudiar por sí propios y lograr así los verdaderos y necesarios frutos en ese plano de la cultura.

Podríamos ver en el presente y predecir para el futuro el detrimento que tales circunstancias acarrearán para la cultura de un pueblo, para la corrección de su lenguaje, para el buen estilo y perfección de su literatura, para su conocimiento a fondo, directo y genuino de las culturas clásicas—imposible cuando no hay traducciones, y mil veces preferible aun cuando las haya—, y, en fin, para todo lo que significa en una verdadera cultura profunda la base reciamente humanística.

Modesta, pero firmemente, vamos a presentar nuestras inquietudes por más amplios y hondos horizontes culturales, nuestro interés por ulteriores y trascendentes fines en los estudios clásicos, y nuestra preocupación por el mejoramiento técnico, pedagógico y didáctico en el aprendizaje de estas lenguas.

Antes de entrar en materia, queremos indicar lo que entendemos por *pedagogía* aquí, puesto que la palabra tiene a veces en los autores un sentido no muy preciso.

Para nosotros, *pedagogía*, tomando base en el valor etimológico, es la *conducción*, considerada en un sentido *amplio* y *total*, del educando, es decir, del hombre hacia el logro de este fin: *la cultura y el perfeccionamiento humanos*. Por tanto, la expresión *pedagogía de las lenguas clásicas* señala el papel o función de estas lenguas y de su literatura y cultura en la conducción del hombre hacia ese fin.

También de paso deseamos comunicar que en la Facultad de Filosofía y Letras de nuestra Universidad se acaba de formar una Sección de Pedagogía de Lenguas, la cual ha empezado a encargarse de un estudio crítico y de una reforma a la enseñanza de las lenguas en México, asunto de que se interesa este artículo.

II. IMPORTANCIA Y FINES

Para la Cultura, entendida como la entiende de modo predominante el mundo contemporáneo, es decir, como *humana* y *humanizada*, uno de los campos más necesarios y de mayor importancia es el de las humanidades, sobre todo clásicas. Por humanidades clásicas se entienden los estudios en torno a las culturas griega y latina. Y cultura, como es bien sabido, comprende lengua, literatura, ciencia, arte, filosofía, religión, etc. Ahora bien, la lengua o el idioma es por decirlo así la puerta de entrada que nos da acceso a los diversos contenidos de la cultura. Al parecer, sin embargo —sobre todo en lo que concierne a los estudiantes—, no se ve o no se comprende tal valor del idioma como medio para entrar en la comprensión de una cultura. Quizá la razón de esto es que la función formativa y educadora del idioma es un tanto inconsciente, sobre todo en la etapa de aprendizaje.

Para todas las literaturas contemporáneas tienen un valor y un sentido especialísimos las lenguas griega y latina: para todas son el conducto por donde les han llegado las culturas clásicas, modelos en la historia de la humanidad; ambas son las lenguas científicas, es decir, de donde se forma el lenguaje científico; siendo las lenguas romances derivadas del latín y tan grandemente influenciadas por el griego, ayudan enormemente

para conocerlas mejor; y finalmente, su riguroso mecanismo "exige del que las estudia un esfuerzo constante de observación y análisis que desarrolla, fortifica y afina la inteligencia".¹

Ya al principio mencionábamos el hecho histórico de que la cultura occidental ha consagrado parte de sus mejores actividades al estudio de las lenguas griega y latina. Este hecho tan significativo demuestra el interés especial que se tenía en la cultura y mundo greco-latinos, en sus concepciones del mundo, de la vida, del arte, etc.

Ese interés nos señala el fin fundamental, general y universal en el estudio de estas lenguas y culturas: *acercarse al mundo clásico greco-romano en todos sus aspectos, comprenderlo, asimilarlo, vivirlo*. En todas las orientaciones, a través de los distintos métodos, con los más diferentes procedimientos, consciente o inconscientemente, real o ficticiamente, lejana o muy próximamente, se trata siempre de acercarse a ese mundo, a esa vida, a esas culturas consideradas como las más perfectas de la humanidad.

Por supuesto que no consideramos a cuantos no tenían ese interés, sino que tomaron dichas lenguas solamente como instrumento de expresión propia, vaciándola de su contenido cultural valioso. Sin embargo, quizá el hecho mismo de haberlas escogido a ellas frente a otras, haya significado, por lo menos al principio, una atención especial a sus valores, tanto de expresión y estructura de la lengua, como de cultura.

Dentro de esta finalidad general y universal podemos distinguir, sobre todo para la época contemporánea, *tres finalidades* particulares o parciales que pueden englobarse bajo los siguientes títulos:

- A. Finalidad CIENTÍFICA.
- B. Finalidad LITERARIO-TECNICA.
- C. Finalidad CULTURAL.

Por finalidad *científica* entenderíamos el objeto que se proponen la filología, la lingüística y la historia, esto es, objeto de conocimiento *científico*, como es estudiar y analizar la lengua misma, su formación, su estructura en toda su complejidad, su naturaleza, sus características, y las demás circunstancias históricas; se hace de la lengua un objeto de

1 Cayrou, *Grammaire Latine*, p. 3.

consideración en sí misma, sin tener, por lo pronto y directamente, relaciones o derivaciones de sentido práctico. Se la estudia también en sus relaciones lingüísticas, esto es, en su carácter de eslabón y de función entre las lenguas antiguas y las modernas, para determinar mediante aquéllas la conformación y estructura de éstas y conocerlas mejor, etc.

Esta finalidad se reserva al filólogo, al lingüista, al historiador, a todos aquellos que quieren conocer profundamente esos instrumentos perfectos de la expresión humana; a quienes les agrada la contemplación del pasado en sí y por sí; a quienes pretenden conocer el *factum* concreto de la expresión humana en su evolución, desarrollo y encadenamiento.

Por finalidad *literario-técnica* entenderíamos el objeto que se proponen la *literatura* y la *lengua científica*, esto es, objeto de conocimiento práctico, utilitario, no especulativo, no científico como tal, sino literario y técnico. Se trata en ella de estudiar el estilo y la expresión en esas lenguas, para lograr en la propia, comparando y relacionando genuinamente, perfección y belleza en el estilo; corrección, precisión y exactitud en el lenguaje; determinación y conocimiento perfecto de las nuevas palabras de la ciencia, etc.

Esta finalidad quizá no puede decirse reservada a nadie en particular, sino que incumbe a todo hombre que desee tener por lo menos una cierta posición en la cultura.

Por finalidad *cultural* entenderíamos el objeto que se proponen cualesquiera ramas del saber humano o de la cultura, al tratar de leer, contemplar, gustar y vivir el pensamiento y la cultura clásicos, en todas sus ramas y aspectos, en la lengua en que están escritos, en la forma en que están expuestos, en el estilo en que están expresados. Lo hace así porque acepta, fundamentalmente, la estrecha y vital relación entre una cultura y la lengua que la expresa, así como la interdependencia e interacción espontánea, genuina y natural entre ellas.

Esta finalidad tampoco puede decirse reservada a nadie en especial, sino que, más aún que la anterior y que cualquiera otra, incumbe a todo hombre que desee una cierta posición en la cultura.

Entre estas finalidades, la más importante y digna de atención en la época contemporánea, nos parece ser la última, la *de la cultura*. Decimos esto no por otra razón sino porque es la más necesaria, la más uni-

versal y hasta ahora la menos atendida. Desde este mismo punto de vista le seguiría en importancia la segunda, la cual, aunque en menor grado, participa de aquellas características. En cuanto a éstas, la mayor universalidad y la menor atención atribuidas a la tercera y a la segunda, creemos que son evidentes para cualquiera que haya entrado un poco en los problemas de los estudios clásicos; respecto a la necesidad, no entendemos por ella una necesidad absoluta, que más bien tocaría a la primera, por ser la que estudia primeramente esas cosas para ofrecerlas después a las demás, sino una necesidad relativa, en vista de la multiforme y profunda acción de los diferentes contenidos de la cultura. Por esta razón vamos a hablar un poco más detalladamente acerca de ella.

En primer término, la finalidad *cultural* es la que en muchísimos casos *salva*, por decirlo así, estos estudios y el interés por ellos. El pedagogo alemán Herbart asienta a este respecto lo siguiente: "Los signos (es decir, los idiomas) constituyen un peso muerto en la instrucción, un obstáculo que profesor y alumno encuentran para la educación progresiva, cuando no se contrarresta mediante el interés hacia lo que se estudia."² Y Barth, otro notable pedagogo alemán, afirma fundamentalmente: "Los idiomas deben unirse estrechamente a las cosas, como quieren Comenio y los Filántropos. La Filología es una ciencia auxiliar para la Historia, a la que ofrece los documentos."³ Y más tarde este mismo autor, refiriéndose a la enseñanza concreta, dice: "En los establecimientos secundarios, sobre todo, la enseñanza de los idiomas puede ser a la vez enseñanza *objetiva*"; y si, por ejemplo, en la segunda clase superior se enseña durante medio año la historia de Grecia, "será entonces muy fácil unir esta enseñanza con la del griego... Jenofonte, Herodoto y Arriano son escritores apropiados y cuyo idioma está al alcance de un alumno de la segunda enseñanza... En latín... los múltiples rasgos de la mitología griega en Ovidio, Virgilio y otros autores, nos llevan a la tradición y país de los Helenos."⁴

Mas este aspecto es en parte utilitario. La razón más profunda y verdadera de lo que asentamos antes es la siguiente, expresada por el segundo autor citado: "Para el cultivo de los idiomas clásicos se fundó una

2 Citado por Barth en *Pedagogía*, T. 1, p. 477.

3 *Ibidem*.

4 *Ibid.*, p. 480-1.

nueva base: *su utilidad para toda la vida del espíritu*, lo que G. M. Gesner formuló del siguiente modo: 'Pero quien lee a los antiguos . . . , consigue un sentido práctico para diferenciar lo verdadero de lo falso, lo bello de lo feo; retiene pensamientos hermosos en la memoria, una aptitud para concebir ideas nuevas y expresar las experimentadas, y, finalmente, una multitud de buenas máximas que mejoran la inteligencia y la voluntad.'⁵

Ahora, refiriéndonos a ciertos campos particulares de la cultura donde tiene más sentido aún la realización de esta finalidad —como son por ejemplo filosofía, historia, derecho, etc.—, nos encontramos con ciertas circunstancias especiales, y, en primer lugar, con la necesidad de leer una obra de estas ramas en latín o en griego, porque no hay traducciones o las que hay son deficientes;⁶ además, en la cultura, siempre tiene un sentido enorme el ver y saber las cosas *por sí mismo*; pero todavía más que esto, tenemos la exigencia y orientación de la cultura contemporánea de *conocer directamente* las obras, para comprender y entender perfectamente los pensamientos, para distinguir los sentidos, para juzgar las interpretaciones, etc., principalmente en lo que concierne a las obras filosóficas.

Todos estos hechos están presentes en la experiencia y en la convicción de tantos grandes hombres de la cultura, a quienes la base del humanismo ha servido extraordinariamente en estudios superiores. Ello hace a todos estar ciertos y seguros de la importancia de estos estudios y de la utilidad que con ellos se busca para la integración e integralidad de la persona y de la cultura.

Por esto, después de la derrota y destierro del positivismo, se ha visto cómo descarnaba y desvitalizaba la cultura de lo máspreciado, que es precisamente lo humano, la vida. Porque todo comprender y vivir lo bello, lo armónico, lo rítmico, lo espiritual, lo amoroso, lo religioso, etc., se tiene indudablemente en función de las culturas que han sido por siempre el patrimonio precioso del verdadero ser espiritual, el espíritu humano y humanizado.

⁵ *Ibid.*, p. 211.

⁶ No nos referimos a los clásicos, sino a documentos ya históricos, ya filosóficos, etc.

Así pues, para beber genuina y puramente estas culturas, es necesario gustarlas en sus propias fuentes y por sus naturales conductos. Estos son las lenguas, y aquéllas las obras escritas en tales lenguas.

A fin de comprender esto en todo su alcance, atiéndase al principio de la conexción natural, espontánea e íntima de una determinada lengua con el espíritu de un determinado pueblo o nación, con su vida misma, con su cultura. Por esta razón vemos y decimos que cada pueblo *por su propia lengua tiene su cultura propia, su pensamiento propio, su literatura propia*, siempre que el idioma sea un instrumento o conducto genuino, no extraño, como mucho pasó —digámoslo de paso— con la hegemonía del propio latín durante tantos siglos sobre la vida y la cultura de los pueblos.

III. ORIENTACION Y METODOS

Es cosa bien conocida que desde principios de la Edad Media hasta el siglo XVIII, todavía de una manera definida y general —en lo que cabe tener noticia— las lenguas clásicas eran enseñadas con la orientación de expresarse en ellas ya fuera oralmente, ya, mucho más, por escrito. En relación con la lengua latina esto era más comprensible y justificado, por las especiales características de ésta como idioma oficial, primero del Imperio romano y después de la Iglesia Católica Romana occidental, y como expresión propia de la cultura de entonces, de la Edad Media y hasta la época moderna. Con la griega no pasaba lo mismo, pues en comparación con los que escribían o hablaban latín, resultaban realmente muy pocos quienes se expresaban en griego, tomado éste en el sentido y estilo clásicos.

Los estudios de estas lenguas, pues, eran tomados en esos tiempos, por lo menos en general y según el hecho indicado arriba, bajo el aspecto de mecanismo gramatical activo, y ellas mismas como instrumentos de expresión. Mas también en general, eran menos consideradas como vasos que encerraban y hacían posible el conocimiento y asimilación de los valores clásicos de la cultura greco-romana.

Siguiendo esas orientaciones, se perseguía realizar las finalidades que antes hemos apuntado de una manera distinta de la nuestra. Puede

decirse que en casi todas las orientaciones antiguas se trataba de centrar el logro de los diferentes fines con el uso activo y viviente del instrumento idiomático clásico, generalmente imitando los modelos de la antigüedad, y sin atender quizá lo suficiente a aquel "uso activo y viviente" en su verdadero sentido, que es hacer a aquellas lenguas *funcionalmente* activas en el desarrollo, estructuración y perfeccionamiento de las lenguas y culturas propias.

El Renacimiento, con su vuelta al mundo lejano pero eterno de Grecia y de Roma, se orientó a sacar de ellas una utilidad ya no técnica e instrumental, sino objetiva para todas las ramas del saber y para todos los aspectos de la cultura, aun del arte, y para la vida misma, encarnada esta última orientación en el sentido del *humanismo*. Así pues, se fijó principalmente en aquel sentido de vasos preciosos que guardaban magníficamente los valores más altos de la humanidad, y los más aptos para elevarla y perfeccionarla en todo tiempo.

Sin embargo, encontramos dos hechos que recuerdan todavía la intención anterior: por una parte, la nueva orientación no fué absoluta y exclusiva, sino que persistió juntamente con la otra de considerarlas como *instrumento de expresión* propia; por otra, en amplios sectores no se intentaba realizar la nueva orientación de un modo directo, sino todavía a través del cultivo instrumental de que acabamos de hablar, a través de la composición de obras poéticas, didácticas, históricas o de otro género escritas en ellas. En esta forma quedaba seguramente —lo admitimos— un sedimento considerable que se utilizaba en la propia cultura y en el estilo de la lengua nativa, quizá espontánea e inconscientemente. Porque el manejo de ambas lenguas, materna y clásica, y de las dos culturas, clásica y actual, naturalmente determinaba un relacionamiento entre ellas y una utilización de aquéllas —perfectas— para éstas —en formación—.

Así puede decirse que los grandes latinistas y helenistas, o mejor, los grandes humanistas del Renacimiento, sacaban valiosa utilidad para su lengua propia, para su cultura y para su vida, del conocimiento de aquéllas. Podrían citarse los magníficos ejemplos de los grandes humanistas españoles, conocedores profundos de los idiomas y mundos clásicos, que manejando a la perfección su lengua materna —como un fray Luis de León, un fray Luis de Granada, un Juan de Valdés, un Cervantes de Salazar y los humanistas mexicanos del siglo XVIII— enriquecieron a

la vez extraordinariamente su propia cultura, y elevaron su vida a una realización humana lo más acabada y completa posible.

Estas realizaciones grandiosas, sin embargo, no parecen demostrar, como podría suponerse, que la orientación con que ellos trabajaron fuera la adecuada o la mejor. Las ventajas que lograron se explicarían más bien por la genialidad de sus autores que por la genuinidad de su orientación y de sus métodos. Por otra parte, está el hecho de que la mayor parte de los hombres que trabajaron así no lograron nada de lo que aquéllos alcanzaron, sirviéndoles sólo sus "latines" para confeccionar disertaciones pedestres, con imitación servil y externa de los clásicos, en estilo enrevesado y rebuscado, que eran ejercicios más bien de una retórica académica y no expresión espontánea de las asimilaciones del mundo clásico, vividas y humanas.

Por aquellos dos hechos, pues, y porque aquella orientación e impulso no fueron tan vigorosos ni tan perfectamente comprendidos, no se logró, creemos nosotros, crear y adaptarles un método nuevo y una técnica distintos de los anteriores.

Esto vino a agravarse después del Renacimiento, sobre todo por la reacción poderosa manifestada en su contra, considerándolo como paganismo (a lo cual no quedaba en realidad muy ajeno), y que partía principalmente de los medios escolásticos —filosóficos y religiosos—. Entonces fue cuando se perdió mucho aquel ideal humanístico, y no se verificó, por tanto, el natural desarrollo de un nuevo sistema de enseñanza.

Delineando las cosas a grandes rasgos, puede decirse que esta situación predominó durante los siglos XVII, XVIII y aun XIX, por lo menos en parte. Del mismo modo puede considerarse que más o menos desde mediados del siglo XIX, se ha advertido un interés y una dedicación especiales y cada vez mayores a los estudios de la cultura clásica greco-romana. Y no sólo filológicos y literarios, sino arqueológicos, étnicos, artísticos, históricos, etc. Y parece que se va viviendo más el ideal del Renacimiento; se va comprendiendo cada vez más el sentido humanístico de tales estudios, es decir, el de hacerlos servir para el perfeccionamiento y elevación de la humanidad en todos los campos de la vida y de la cultura.

También ahora, y más consecuentemente que en el Renacimiento, se van formando nuevos métodos y nuevas técnicas, descartándose además

poco a poco orientaciones o procedimientos anacrónicos que resulten artificiales o de menor valor en la cultura. De este modo —según se ha dicho ya antes— se va desechando la de hablarlas, y aun la de escribirlas, quedando únicamente la orientación general del *conocimiento, comprensión y asimilación del mundo y los valores clásicos*, sobre todo desde el punto de vista —como ya se dijo también— de aprenderlas como llave de oro, sencilla, que nos abra las puertas de ese mundo de belleza y perfección.

Por tanto, la orientación nueva o moderna da un papel y función preponderantes a la lectura y a la *versión* frente a la composición y al *tema*, pues estos últimos recordaban aún mucho la orientación antigua, y resultaban —a nuestro modo de ver— un obstáculo considerable para lograr directamente una pronta y plena asimilación de los valores clásicos en sus diferentes sentidos.

Al presente, las inteligencias más avanzadas y profundas que se dedican a los estudios clásicos han considerado en su mayor trascendencia el estudio de estas lenguas. Fruto de esa consideración es haber situado la *versión*, y mejor la *lectura*, como fundamental procedimiento. Y no se trata de cualquier lectura o de cualquier *versión*, es decir, de autores de la decadencia o de tercera o cuarta categoría, o de “latinistas” o “helenistas” (excepto cuando el estudio de éstos revista un especial sentido histórico), sino de la *versión* y *lectura* de los autores *clásicos*, en quienes aparecen realizados de la manera más elevada y perfecta aquellos valores humanos que la cultura contemporánea anhela incorporarse y asimilar.

Concluyendo, pues, sostenemos que la *versión* y la *lectura* de tales autores es la que nos permite una captación lo más pronta, segura, plena y perfecta de esos valores. Son el procedimiento apto, la visión directa, la lente diáfana a través de la cual, en panorama nítido, nos aparece el mundo clásico en toda la naturalidad y genuinidad vivientes en que se manifestó, con sus pensamientos, sus deseos, sus virtudes, sus necesidades, sus circunstancias; nos aparece su arte en la exposición, su elegancia en el estilo, su belleza en la expresión, su precisión conceptual, la estructura y profundidad de su pensamiento, su acabado en los términos, la propiedad de sus vocablos, etc.: y todo ello directa e inmediatamente, sin artificios, sin esquematizaciones, sin falseamientos, sin anacronismos, como ejemplar y modelo para el mejoramiento de nuestra lengua, de

nuestra literatura, de nuestro pensamiento, y, en general, para la elevación de nuestra cultura, nuestra vida y nuestro mundo.

Veamos a este respecto el sentir de un ilustre humanista moderno consagrado a este campo, Laurand, que aunque parece opuesto al nuestro, en el fondo podría servirnos de punto de partida. Sobre la *versión* y el *tema*, dice: "*Tema*: es el *ejercicio* más importante, sin el cual no se llegará jamás a conocer *a fondo* una lengua. En las clases de *Gramática* debe ocupar el primer lugar.— *Versión*: muy frecuente ya en las clases de Gramática, se multiplica naturalmente a medida que se avanza al Bachillerato y acaba por ser en 'Première' casi el *único* trabajo de *latín*." ⁷ Más tarde, refiriéndose a un punto afín, dice: "*¿Hablar latín?* Se ha logrado éxito algunas veces —muy raramente— haciendo hablar latín a los alumnos de las clases de Gramática.— En 'Première', dondequiera que debe prepararse el Bachillerato, *no se puede ya soñar en ello*." ⁸

En otra parte, hablando en general sobre el conocimiento de la lengua, expresa: "*Lo que conviene saber, en todo caso, cualquiera que sea el método adoptado*. Aprender una lengua es aprender: 1º, las palabras, el vocabulario; 2º, la Gramática (*formas y sintaxis*); 3º, el *genio propio* de la lengua, los modos de expresión, que no son, propiamente hablando, ni el vocabulario ni la Gramática, y cuyo conjunto se designa a menudo con el nombre de '*estilística*'.— Se aprenden las palabras sobre todo *tradiendo*, después *leyendo los autores*: también se puede ayudar a la memoria agrupando por familias los términos derivados de la misma raíz. . . (En la Gramática) hay un gran número de formas que, absolutamente, deben llegarse a aprender de memoria; para esto es necesario haberlas repetido muchas veces. . ." ⁹

Ya hemos dado nuestra opinión acerca del hecho de haberse seguido, aun después del Renacimiento, el aprendizaje del griego y del latín para *hablarlos o escribirlos*. Queremos ahora añadir algunas consideraciones en relación con el empleo de ese procedimiento en la época contemporánea, y para afirmar claramente una posición.

Anotemos primeramente el hecho de que no se ha descartado ahora del todo, y aún tiene muchos defensores. Es cierto, sin embargo, que

7 *Manuel des Etudes Grecques et latines*. Apend. III, 9, p. 80.

8 *Ibid.*, Apend. III, 14, p. 83.

9 *Ibid.*, Apend. III, 6, p. 77.

muchas veces no se busca en él una utilidad directa y especial, sino que se lo toma como preciosismo literario, como ejercicio escolar, o como complemento del procedimiento inverso para el conocimiento perfecto de la lengua, como acabamos de ver en Laurand.

Dos casos se presentan en este problema: 1º, usar este procedimiento para expresar la vida, mundo y culturas propias actuales; 2º, para reexpresar o repetir la vida, mundo y culturas clásicas antiguas.

Respecto al primero, a nosotros nos parece que, considerando el sentido interno que esa intención encierra, hay algo erróneo o equivocado, pues el expresarse en la lengua latina o en la griega (entiéndase la clásica) en la época contemporánea, no tiene, primeramente, sentido o utilidad "cultural"; resulta anacrónico y artificial, parece una gala superflua que podría estorbar o lesionar otras actividades provechosas en verdad culturalmente. Es, para nosotros, querer emplear los instrumentos de lenguaje de una época remota en la cual se dieron espontánea, genuinamente, para que sus hombres —comprendidos más o menos en los diez siglos antes y siete después de Cristo— expresaran naturalmente sus pensamientos, sus ideas, su vida, sus circunstancias. Por esto se siente a veces tan artificial y forzado escuchar en latín o en griego clásico (que por el griego moderno más bien no es necesario) nuestra vida y nuestras circunstancias, que tienen su propio y natural instrumento de expresión, que es la lengua moderna: español, francés, inglés, etc. Por otra parte, puede decirse que este tipo de expresión, en los casos ordinarios, se reduce al 2º, es decir, a una simple traducción de lo pensado en la lengua propia, pues sólo en casos excepcionales —entiéndase en la época presente— llega a advertirse que se *piensa* realmente en ellas.

Respecto al segundo caso, nos parece una simple *retroversión*, que muchas veces no alcanza valor ni siquiera como imitación.

Podría decirse, en defensa de esta actitud, que así se graban mejor las formas y se comprende más a fondo su estructura y la general de la lengua, y que suele gustar a los alumnos. Para nosotros, empero, la lectura y traducción puede bastar, y quizá más auténtica y genuinamente, para grabarse las formas y comprender el estilo, la expresión y la estructura general de la lengua. De modo que sería mejor *doble traducción* o *lectura*, que mitad de ésta y mitad de composición. En cuanto al

gusto de los alumnos, no creemos que lo haya siempre; además, el solo gusto no se puede tomar como criterio en la enseñanza.

Por otra parte, como siempre se ha tratado de conocer y comprender la lengua según la orientación, procedimientos y métodos anteriores, *hay la creencia de que sólo es posible a través de ellos*, sin admitir otro camino y sin intentar o ensayar el logro de ese conocimiento, y aun comprensión, con otra visión, con otro objetivo, con otros procedimientos y métodos. Quizá valga la pena y no sea inalicificable audacia intentarlo.

Considerando en globo esos dos tipos de expresión, diremos, para terminar, que el no haberse excluído aún para el común de las gentes, ha sido quizá el mayor defecto en los estudios clásicos al presente. Pues puede afirmarse que él ha impedido a millones de hombres, que lo ansiaban, empaparse en el mundo clásico, gozarlo y vivirlo; con el poco tiempo que podían dedicarle, aprendían sólo principios teórico-gramaticales y construían frases pobres y sencillas, alejándose así más de aquel mundo que no es de formas abstractas o muertos esquemas, sino de contenidos vivos de belleza y perfección.

Pasemos a hacer algunas breves consideraciones sobre los *métodos*, como tales.

En atención a la diferencia de finalidades, debemos distinguir diferentes métodos y técnicas: una para la *científica* y otra para la *literario-técnica* y la *cultural*. Diferencia que se puede situar en dos planos: el de la *amplitud*, y el de la *orientación*. En cuanto al primero, la primera finalidad requiere una amplitud mayor, la mayor amplitud posible, sobre todo bajo el punto de vista gramatical, formal y teórico; las segundas requieren menos amplitud, la menor amplitud posible, bajo el mismo aspecto, es decir, conocer lo indispensable para poder captar exacta y correctamente, en sus campos, el pensamiento y la cultura clásicas. En cuanto al segundo, es decir, a la orientación, la primera finalidad requiere un método más bien *teórico, formal y lógico*, insiendiendo muy especialmente en la gramática misma, estudiada aún como objeto en sí, sin negar con esto de ninguna manera la actitud práctica —posterior y derivada—, es decir, la comprensión, explicación y aun interpretación perfectísima de los textos desde todos los puntos de vista posibles, lo cual sería a manera de corolario natural y debido. Las segundas, en cambio, requieren especialmente un método *objetivo, empírico, práctico*, sin cui-

darse mucho de lo lógico en la teoría, orientándolo todo exclusivamente a la práctica, estudiando la gramática sólo como un mero instrumento, como una especie de lente en la cual no nos detenemos sino en cuanto a hacerla diáfana y correcta para que nos ofrezca nítidamente el contenido que guarda.

Advirtamos, de paso, cómo los hombres que han seguido la primera finalidad —la cual puede englobar naturalmente a las otras dos como lo más engloba a lo menos— siempre han tenido la suerte de gozar de métodos adecuados, atreviéndonos casi a decir que fueron ellos los únicos que pudieron recibir las extraordinarias influencias y utilidad de los estudios clásicos, puesto que pudieron consagrarles el tiempo, la inteligencia y la vocación que aquellos métodos exigían. Los otros hombres, los que seguían solamente las finalidades últimas, no han tenido nunca métodos específicamente adecuados, y con los que se les ofrecían no lograron jamás su objeto, porque para llenarlo habría sido necesario alcanzar perfectamente tales métodos, cuya finalidad específica ni seguían, ni les interesaba, y para la que no disponían del tiempo, inteligencia y vocación necesarias.

Más concretamente, para la primera finalidad existe un sinnúmero de gramáticas, o más bien, todas las que existen, más o menos completas, de mayor o menor mérito y excelencia, etc. Para las dos últimas, *específicamente*, no existe ningún método propiamente dicho, ninguna gramática, ningún manual, debiendo advertir, sin embargo, que algunas de las gramáticas que se llaman *elementales*, mejor todavía ciertos *manuales* de lenguas clásicas, ya van prescindiendo de mucha teoría, y entre ellos sobresale como el mejor y más avanzado (en español) el *Manual de la lengua griega* del P. Rufo Mendizábal, humanista español.

En vista de esto, nuestra atención y nuestro interés están puestos en las finalidades B y C, o sea en la literario-técnica y en la cultural, sobre todo; las cuales, como ya se dijo, son las más universales y las más indispensables culturalmente, las menos atendidas y las menos logradas en los hombres que han tenido sólo y especialmente estas finalidades. No nos interesa la primera, porque quienes la siguen han tenido hasta ahora y gozan de métodos casi perfectos, y porque casi siempre se ha realizado.

Una vez excluída la primera finalidad y rechazado el procedimiento de expresarse en las lenguas clásicas, quedan excluidos lógicamente los procedimientos concretos que siguen: a) *declinar*, b) *conjuguar* y c) la sintaxis como *constructiva*. Las razones de esto son: las operaciones de declinar, conjuguar y construir sintácticamente, como tales, tienen como fin directo y específico, quiérase o no, expresarse o componer en latín o en griego. Y en todo caso, aunque sirvan también y quizá excelentemente para la lectura o traducción, sin embargo, si se demuestra que no son indispensables para ellas y que puede haber otro sistema mucho más sencillo, fácil y reducido, y, sobre todo, *específico* para la lectura o traducción, deben excluirse tales procedimientos.

Se dirá entonces, quizá, que no se poseen las estructuras completas de la declinación, de la conjugación y de la sintaxis, y que por lo mismo no se tiene una visión unitaria y el conocimiento íntegro indispensable de la lengua. A lo cual respondemos: primero, para conocer de una manera directa y viviente una lengua y aun su estructura interna fundamental —sobre todo para los fines indicados— no nos parece necesario tener en la memoria, y como previamente, los esquemas abstractos o típicos, en visión teórica panorámica que no es la real, sino sencillamente *entender y comprender exactamente* las formas y las construcciones todas, de cualquier modo, sobre todo *directamente, naturalmente*, en los textos mismos. En segundo lugar contestamos: siempre será mejor para el conocimiento directo e íntimo de una lengua cualquiera (aun el de las vivas), el método que la considere o estudie en su expresión vivida misma y no en artificiosas construcciones y en principios teóricos, elaboración casi exclusiva de los gramáticos.

Por otra parte, atiéndase a la siguiente consideración: así como al aprender una lengua viviente, se puede entender y hablar naturalmente *bien y correcto* sin tales esquemas, así se podrá leer (entender) y traducir sin ellos una literatura en una lengua no viviente, viendo directamente en la forma misma su naturaleza, su estructura y sus características. Una literatura escrita en una lengua del pasado y que fue (y es) la expresión concreta y humana natural, hace las mismas veces que el pensamiento expresado o expresable hoy en una lengua actual y que no necesita de esos esquemas gramaticales. En suma, para entender (o expresar) lo viviente de un pensamiento o de una cultura

(presente o pasada), no creemos necesario esquematizar sus instrumentos fundamentales de expresión.

Según esto, el método concreto de enseñanza que se postula centra absolutamente la realización de los fines a que se orienta en el *conocimiento directo de la lengua en los textos mismos*. Ahí aun la finalidad científica puede encontrar base excelente para el objeto de sus búsquedas. Ahí sobre todo la finalidad literario-técnica advertirá la real y auténtica construcción latina o griega, distinguirá los giros fundamentales de los detalles y particularidades, admirará la grandiosidad y redondez de los periodos, sentirá, por decirlo así, la esencia, el ser y la vida de la lengua que las reglas o teorías, por más perfectas que sean, nunca le darán a conocer perfectamente. Y ahí, principalísimamente, la finalidad cultural encuentra su única realización, pues fuera de los textos, donde se halla el contenido valioso que le interesa, no hay en la inmensidad de los tratados teóricos nada que sirva al mundo y a la vida de los que la siguen.

IV. ¿LENGUAS VIVAS? ¿LENGUAS MUERTAS?

Con frecuencia, en los medios pedagógicos de lenguas, se plantea el problema de si se deben enseñar las lenguas griega y latina como las lenguas modernas y con su mismo sentido, hablando sobre si es necesario aprenderlas como lenguas vivas o como lenguas muertas.

Como estas expresiones de "lenguas vivas" y "lenguas muertas" no suelen tomarse en su verdadero sentido, vamos a hacer algunas consideraciones, que estarán en conexión con todo lo que se va exponiendo.

Ya hemos dicho que como *orientación general* nos parece un anacronismo sin sentido enseñar el latín o el griego con la finalidad y pragmatidad con que se enseña el inglés o el francés. En este sentido claramente especificado así, creemos inaceptable enseñarlas como lenguas *vivas*, partiendo fundamentalmente de que no se enseñan para hablarse, pues con esto se vendría a caer en la orientación antigua, que pretendía vivir de un modo menos auténtico el pasado y su cultura, al querer vivir principalmente la forma pura o vacía o llena de un contenido extraño. Aquí nos parecen sin sentido dos cosas, que pueden ser una, anverso y reverso: 1º, el tratar de emplear como forma e instrumento viviente el latín o el griego clásico para expresar nuestra propia vida y nuestro

mundo *como tales*; 2º, el estudiar (fuera de aspiraciones históricas o filológicas) el contenido no valioso del pasado, el contenido vulgar y cotidiano como tales, sin valores positivos para el espíritu y la cultura, expresados en dichas lenguas. El pedagogo alemán que hemos citado antes, Barth, dice expresamente a este respecto: "Lo mismo para las frases sueltas que para los relatos *debe exigirse un contenido que tenga algún valor* y no ejemplos triviales, como en los antiguos libros, tomando la materia de lectura de *los hechos más importantes del mundo clásico*."¹⁰ Y en una nota marginal a este tópico, va más a lo concreto, relatándonos cómo ya en el siglo xvii H. Meurer, en su obra *Pauli Sextani Liber*, había pretendido eso, mostrándonos Barth su inutilidad práctica y sus defectos, pues que "era un ensayo de utilizar el mundo de representaciones del país natal como base del libro de lectura. Puede considerarse *como prácticamente inútil*. El mundo moderno tiene intuiciones e ideas distintas de las del antiguo, que constituirán la materia de las lecturas clásicas. Por eso Meurer tiene que emplear vocablos y modismos que más tarde no habrán de aplicarse. Los planes de enseñanza en Alemania disponen que el libro de lectura latina tome con preferencia los asuntos de las leyendas e historias antiguas."¹¹

Ahora bien, si se trata de que no se enseñe la forma pura gramatical, vacía y muerta, entonces si admitimos y sostenemos que no se enseñe como "lengua muerta". Pero el caso es que en general y ordinariamente no se entiende esto por "lengua muerta", sino —como dijimos arriba— aquel idioma que no se enseña para hablarse, con la directa e inmediata finalidad de hablarse en el comercio y convivencia humanos y actuales.

La lengua *muerta* (o mejor *clásica*, refiriéndonos con esto por excelencia al griego y al latín, y desterrando la denominación de *muerta* en adhesión al sentir moderno y científico) es aquella que se aprende y emplea para el conocimiento y comprensión de *otro mundo*, otra vida, otra cultura: el mundo, la vida y la cultura clásicos. En correspondencia, pues, con esta finalidad, debe ser la forma de enseñarla.

La lengua *actual* se aprende y se emplea para conocer y comprender *directamente* nuestra vida, nuestro mundo, nuestra cultura. (Esto úl-

¹⁰ *Pedagogía*, T. II, p. 165.

¹¹ Citado por Barth, *ibid.*, p. 165 (Nota).

timo entiéndase en su verdadero y exacto sentido, porque no negáramos que la comprensión y explicación íntegra y profunda del mundo y cultura actuales se tiene *fundamentalmente* quizá sólo en función y relación con lo clásico.)

Para aclarar mejor nuestro pensamiento y para que se comprenda más nuestra solución al problema, atiéndase a la siguiente división: hay que distinguir lengua *muerta* de lengua *clásica*, lengua *viva* de lengua *actual*. Desarrollaremos estas distinciones, de manera que se vea en último término la acepción que admitimos de *lengua viva* para el latín o para el griego. He aquí nuestra manera de entenderlas: *legua muerta*: sería aquélla de la que ni el contenido cultural ni menos la forma tienen alguna función en las lenguas actuales, ni —desde ese punto de vista— son objeto de estudio o consideración en la cultura actual; tal sería, por ejemplo, quizá la etrusca, o mejor las lenguas indígenas primitivas, desaparecidas sin dejar rastro alguno importante en la cultura; *lengua clásica*: es aquélla que ora como contenido cultural, aceptado en nuestra cultura, ora como forma, considerada en sí misma o en sus influencias en las lenguas actuales, es objeto de estudio y atención en la cultura contemporánea. Esto es, que en los dos sentidos, *hay algo de ella que aún pervive entre nosotros*; *lengua viva*: es aquélla que vive en nuestra cultura, ya en una forma *indirecta* como acabamos de decir, ya en una forma *directa* (como la actual): basta alguna de las dos; *lengua actual*: es la que vive en nuestra cultura en forma *directa* es decir, como instrumento y forma *propios y directos* de la cultura contemporánea.

V. CONCLUSION

Las diversas circunstancias por que atraviesa el estudio y enseñanza de las lenguas clásicas en México —a las que aludíamos al principio— recomiendan sin duda estos puntos de vista.

Los planes de estudio de la Universidad Nacional Autónoma para los bachilleratos, sobre todo, después de anteriores actitudes favorables, han vuelto a desalojarlas bastante, reduciendo los años de estudio y relegándolas en ciertos casos a materias optativas.

Es cierto, sin embargo (sin que esto signifique una plena justificación), que las necesidades concretas de nuestro medio piden a veces formación rápida y preparación demasiado especializada. Mas podemos decir que las disposiciones oficiales en este campo no permiten llenar perfectamente la formación cultural íntegra del individuo y de la persona, y la preparación profunda y completa de grandes pensadores y escritores.

Así pues, tomando en cuenta todo esto, y principalmente el poco tiempo dedicado; la ausencia de maestros con vocación claramente definida y preparación amplia y profunda; las pocas gramáticas de tipo moderno, prácticas y objetivas; la falta de un ambiente favorable en el medio estudiantil, etc., creemos que una enseñanza siguiendo estas ideas puede llenar, en buena parte y en principio, las necesidades de nuestro medio cultural en lo que se refiere a las lenguas y letras clásicas, y que se adaptaría a sus circunstancias por su objetividad, brevedad, simplicidad, naturalidad, etc.: características que permitirían obtener la pronta realización de los fines fundamentales que con estos estudios se buscan.

BERNABÉ NAVARRO B.